

## Grandeza

**Ruido de muchas aguas**  
**José Manuel Caballero Bonald**  
 Visor Poesía. Colección  
 Palabra de Honor.  
 Páginas: 186 págs.

José Manuel Caballero Bonald, a estas alturas, no debería necesitar presentación, quizás no hiciera falta si su obra narrativa fuera más abundante, pero para nuestra fortuna, se dedica mayoritariamente a la poesía, a la gran poesía. Podría decirse, sin temor a equivocarse, que ninguno de sus muchos versos resulta ridículo o gratuito, y que cada nuevo libro suyo es garantía de grandeza léxica, música y sobriedad. De su vasta obra, iniciada hace casi cincuenta años con *Las adivinaciones*, se pueden destacar y citar como verdaderos hitos en nuestra poesía, *Des- crédito del héroe*, 1997 o *Laberinto de fortuna*, del año 1984.

Este *Ruido de muchas aguas* recopila poemas de sus más famosos libros, hasta llegar al último publicado como libro, *La noche no tiene paredes*. Por tanto estamos ante una oportunidad estudiada para cualquier recién llegado al mundo de la poesía, de acceder a uno de los más grandes poetas vivos en lengua española. G. N.



## Impulso ciego

**Espectral**  
**Ángel Guinda**  
 Olifante. Ediciones de Poesía  
 84 págs.

Ángel Guinda nació en Zaragoza en 1948. Desde hace tiempo reside en Madrid. Como escritor ha cultivado todos los géneros, desde el periodístico, el ensayo o la traducción, aunque donde ha conseguido mejores logros ha sido en el campo de la poesía. Tiene publicados más de una veintena de libros, desde que en 1981 empezara a publicar con Olifante Ediciones de Poesía, con *Vida ávida*. Desde entonces ha editado varios volúmenes de poesía como *Claustro*, *Biografía de la muerte* o *Toda la luz del mundo*. También libros de aforismos como *Breviario y Hue- llas*. Recientemente le ha sido otorgado el Premio de las Letras Aragonesas 2010.

Con *Espectral* Ángel Guinda demuestra haber alcanzado una maduración y un nivel de autoexigencia a la altura de los mejores poetas en castellano. G. N.



Pablo Zapata acompaña a Hernán Cortés a descubrir México en 'Soldados de a pie'

# Retrato de una epopeya

Menos de medio millar de soldados y marineros, y poco más de una docena de caballos y otros tantos cañones. Ese fue, relata el escritor y ex maestro Pablo Zapata Lerga, todo el Ejército que comandaba Hernán Cortés cuando puso el pie en México y empezó a andar hasta encontrarse con Moctezuma. "Y entró saludando al emperador, fue recibido por él", señala. "La suya fue una gesta superior a la de Alejandro Magno", asegura. Y mucho menos violenta de lo que ha llegado a nuestros días. Precisamente sobre eso trata *Soldados de a pie* (editorial Luna Forum), un repaso a aquella epopeya contada en primera persona por uno de sus protagonistas.

Lo curioso es que quien lo relata no es el que ha pasado a la historia como protagonista principal, Cortés, sino uno de aquellos hombres que no sabían muy bien adónde iban. "Quería contar la conquista desde el punto de vista de los soldados de a pie, de ahí el título. Ellos son los que hacen posibles las grandes gestas. Por mucho que haga falta un estrategia brillante, son necesarios estos otros desconocidos para conseguirlo", dice Zapata (San Martín de Unx, Navarra, 1946, peribailino de adopción).

Utiliza para hacerlo la memoria de Bernal Díaz del Castillo, uno de los protagonistas reales que escribió su parte de la



El autor recorrió todo el itinerario de la novela, 4.300 kilómetros

historia hace siglos. Y lo trae al presente, como si ese hombre aún estuviera vivo gracias a un elixir de inmortalidad. Invitado por la Universidad de Sevilla a dar unas conferencias en plena celebración del V centenario del descubrimiento, Díaz del Castillo tiene que enfrentarse a los alumnos y profesores que acusan a aquellos soldados de genocidas. "Lo que él nos dice es que no se puede juzgar su violencia con los ojos del siglo XX. Son cinco siglos de diferencia, para empezar", explica el escritor, "y además Cortés era un diplomático que utilizó la

menor violencia posible. Era un tipo inteligente que sabía que la violencia llevaba a perder la batalla".

Por otro lado, "la violencia ejercida por aquellos ejércitos era ni más ni menos que la que había en Europa", sostiene. Y ante el pasado más lejano, el personaje resucitado de Díaz del Castillo se atreve incluso a compararla con la del siglo XX. "Anda que en esas guerras...", toma la palabra Zapata Lerga.

En *Soldados de a pie*, escrita hace casi veinte años, finalista del Ateneo de Sevilla y no pu-

blicada hasta ahora, hay también una defensa de "todo lo bueno que la conquista supuso. No niego lo malo, pero es cierto, como dijo Vargas Llosa en su discurso de aceptación del Premio Nobel, que si tan mal lo hicimos que es lo que hicieron los que vinieron después; y que aquello posibilitó el acercamiento de la larguísima tradición cultural greco romana a América".

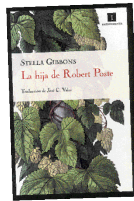
Para darle forma a la novela, Zapata Lerga leyó todo lo que cayó en sus manos sobre el tema. "La obra de Bernal, de Salvador de Madariaga, de Galeano, Thomas, Cervantes... Escribía diez horas diarias y lo hice durante dos meses", recuerda. Eso en una primera versión. Porque después, para no fallar en ninguna descripción, se hizo un viaje por todo el itinerario de la novela, el mismo que hizo Cortés. 4.300 kilómetros, cientos de fotos y apuntes, que al volver a casa le sirvieron para retocar el texto.

"Necesitaba un conocimiento taxativo de los hechos", señala. Y un dominio de dos líneas de pensamientos e incluso de lenguajes: los de finales del siglo XV y comienzos del XVI y los del XX, en un desdoblamiento de personalidad que posibilita comparar aquella mentalidad y la de quienes hablan de la conquista en nuestros días.

Elena Sierra

# Dos novelas de fino humor inglés

Considerada como "la novela más perfecta de la literatura inglesa del XX", *La hija de Robert Post* era una obra en la que la periodista Stella Gibbons recurría al ingenio y los juegos de palabras para echar una mirada a la sociedad de su época. Con enormes dosis de humor e ironía, la escritora ponía el acento en la ingenuidad y superficialidad de sus compatriotas, criticaba con sutileza a los escritores de lo que se dio en llamar *rustic melodramas* a los lectores que se dejaban engañar por aquellos relatos "empalagosos y cargantes". Y lo hacía a través de Flora Poste, una joven de buena educación, "voluntad férrea y espléndidas pantorrillas" que al quedarse huérfana era acogida por sus parientes, los Starkadder, en Cold Comfort Farm, una granja de la Inglaterra profunda. El choque entre su mirada y la rusticidad de los Starkadder o de sus vecinos le servían a Gibbons para resaltar lo absurdo de la sabiduría rural. A ello ayudaba una nómina de personajes y caracteres dignos de la mejor de las novelas: Amos, tocado por Dios, capaz de sembrar el terror con sus discursos religiosos; Seth, con un apetito sexual



descontrolado; Meriam, una joven que se quedaba embarazada en cuanto "florecía la par-ravirgen"; o la matriarca de los Starkadder, la tía Ada Doom, encerrada en su cuarto porque en una ocasión vio "algo sucio en la leñera". Con todos estos mimbres, y unos diálogos directos y recurrentes, Gibbons consiguió que la novela la catapultara a la fama.

En 1949, dieciséis años después de su publicación, la autora se embarcó en una secuela que en su edición española,

que también edita Impedimenta, se ha titulado *Flora Poste y los artistas* (*Confemce at Cold Comfort Farm*). En ella, las cosas no sólo han cambiado en la granja de los Starkadder sino también en la vida de Flora, casada ahora y con cinco hijos. Socialmente, el país ha pasado una guerra, gran parte de los Starkadder han emigrado, lo que convierte la novela en una historia menos alegre que su predecesora. Lo que no ha variado ni un ápice, sin embargo, es la pluma afilada de Gibbons,



que arremete en esta ocasión contra la intelectualidad y la política de la época, contra la codicia y la estupidez en un retrato que podría ser extrapolable a la situación socioeconómica actual. Cold Comfort Farm ha sido convertida en un centro de convenciones al que van a acudir un montón de renombrados artistas, filósofos, directivos y delegados empresariales y hasta un asceta hindú. Pintores, escultores, músicos... se transforman así bajo la mirada de Flora en el ejemplo de representantes de la vacuidad, de un arte egolátra y absurdo servicio de una clase superior encantada de haberse conocido. El resultado es una novela amena y divertida, de esas historias que merecen ser releídas y que le dejan a uno con una sonrisa en la boca.

Alex Oviedo